

Pequeña crónica de Santa Cruz

PIEDRA, CAL Y YESO CENTENARIO

*Por Juan Antonio
Padrón Albornoz*

El verano torna a encender las calles y poner sombras azules en las viejas plazas de no menos viejos laureles de Indias.

El mar, sereno y claro, pierde su poderío mientras el pueblo antiguo ---ese antiguo Santa Cruz que pronto será nuevo--- tiene en sus grandes casas, centenarias y silenciosas casas, una opaca, doliente y suave claridad.

Camino paralelo al mar, calles ---mejor: callejones--- con aire marino. Y alla lejos la ciudad se pierde en el campo inmenso de los edificios que el sol difícil dora.

El hormigón viejo de la ciudad vieja recorta sobre el ocaso dramático sus pardos pueblos de piedra, cal, yeso centenario. El ocaso, de par en par abierto, bulle y palpita en el suburbio sonoro.

El viento limpio trae el bramido de la sirena de un petrolero que, mar a fuera, demanda práctico. El barco, lento y rápido a la vez, vence al mar, más no al cielo.

Lo azul queda atrás, abierto en plata viva, y está otra vez delante de la proa acerada y desafiadora.

Juegos de sombra azul y sol. Rojean las humildes tejas del suburbio que, bruscamente, se torna industrial.

Pero en la misma orilla del mar ---allí donde el agua abre sus frescos abanicos de plata--- la dulce campana, entre humo y luz, calla. Vieja playa, sola y retraída. Y sobre ella, la musculosa desnudez de piedra negra del castillo de San Juan y, en la margen derecha, el no menos pétreo polvorín ---"La pólvora" se le llamaba antaño--- dedicado hoy a depósito y almacén prosaico.

El centenario fortín, cuya construcción se inició allá por 1625, no se concluyó hasta 1641, cuando, con motivo de la sublevación de Portugal, el entonces Capitán General del Archipiélago, don Luis Fernández de Córdoba, decidió completar el torreón de la Caleta de Negros. Dos años más tarde quedó listo el nuevo fuerte que dejaba asomar ---advertencia muda pero significativa--- las negras bocas de su artillería.

Fueron varias las reformas que en el lento y rápido transcurso del tiempo sufrió la pequeña fortaleza. Una de las más importantes, llevadas a cabo por el Ayuntamiento a petición del comandante General don Domingo Bernardi, costó unos 11.000 duros.

Fue el primer alcaide del castillo de San Juan Bautista don Lope Fonte, "nombrado el día de San Andrés del propio año de 1643 en que se fabricó, y de cuyo cargo no tomó posesión hasta fines de Diciembre del mismo año". Y, añade la vieja crónica santacrucera, "en 1684 alcanzó privilegio el Cabildo para nombrar perpetuamente castellano".

En el camino de Regla, o del Calvario, se construyó en 1753 un edificio para depósito de pólvora. "Como para el uso a que se destinaba este edificio se necesitaba que fuese sólido, se fabricó con las condiciones necesarias para ello, sin atender a ninguna otra circunstancia, por lo que presenta un aspecto por demás sombrío e imponente".

Soledad absoluta. Silencio humano en la tarde que muere. Y el alma se va en su barco de paz a todos sus sueños. Y vive largamente, en una tarde, en las tierras bellas tan cercanas

por lo que presenta un aspecto
por demás sombrío e imponente”.

Soledad absoluta. Silencio humano en la tarde que muere. Y el alma se va en su barco de paz a todos sus sueños. Y vive largamente, en una tarde, en las tierras bellas tan cercanas a todas sus atrevidas fantasías.

Amontonamiento de barrio viejo y pescador. Calle caldeada por la humanidad y rojiza por el sol poniente. Santa Cruz se envuelve en velo tenue de calina. Y hay sobre ella, proyectada sobre fondo de montañas, como un vidrio de ilusión.

Las fachadas descendían a una misteriosa penumbra mientras, isla adentro, como un mar ideal e infinito, se ha abierto una limpia y tensa diafanidad. Solares, campo quedado en la ciudad que crece, hierba seca y abandono. Al fondo, siempre al fondo, Santa Cruz reluce con los últimos ecos del sol. Un gallo alza su clarín de plata.

Allí, a la misma orilla de la mar que vió sobre sus olas a las naves de los conquistadores, está el futuro de la ciudad. Allí nació. Allí volverá, pujante, a alzarse como antaño. Y entre los “skycrappers ---hierro, cemento y cristal a la conquista utópica del azul--- se alzarán las dos viejas reliquias mientras, como siempre, en la noche tibia, serena y callada, dormirán bajo los rayos de la luna solitaria.